

EL OCIO: INTRODUCCIÓN AL TEMA

MERCEDES PAREDES APARICIO & JOSE ANTONIO PAREDES GANDÍA

El tiempo de ocio es el tiempo libre de obligaciones y cargas del que disfrutamos cuando hemos solucionado las urgencias de la vida. La reflexión sobre el ocio ocupa un lugar importante en el pensamiento clásico y está también presente en la filosofía actual, pues se trata sin duda una parte importante de la existencia humana. De hecho, algunos asuntos que ocuparon la reflexión de los antiguos en torno al ocio siguen en el centro de la vida actual: el valor del entretenimiento, la necesidad de contemplar la naturaleza, el cuidado del alma la atención a los otros. En la antigua Grecia el ocio (*σχολή* -*sjolé*-, de donde viene “escuela”) distinguía al ciudadano libre y era la condición de una vida feliz y plena que le permitía poner en acción lo mejor de sí mismo. En ese sentido para Aristóteles el ocio era una condición para la práctica de la filosofía y las ciencias teóricas, las que se buscan por sí mismas, es decir, por el puro deseo de disfrutar del saber.

Los pensadores griegos se ocuparon del placer, las diversiones y el juego, y dedicaron mucha atención a la función del teatro, la música y la poesía en la vida de la polis. Y, como los clásicos que son, lo que dijeron puede ayudarnos a entendernos a nosotros mismos y al mundo que nos ha tocado vivir. Demócrito, padre del atomismo y ferviente partidario de la democracia a quien tradicionalmente se representa riendo, afirmaba por ejemplo que una vida sin placer era “semejante a un largo camino sin una sola posada”; Aristóteles definía el placer como resultado de ejecutar con perfección nuestros actos y lo convertía en un componente indispensable de la vida feliz. Platón advirtió frente al placer que arrastra al alma y la envilece, porque la impide ser libre y vivir según la razón. De ahí que recomendara la templanza (*σωφροσύνη* *sophrosine*): virtud que nos permite disfrutar inteligentemente del placer sin dejar que nos domine.

Las diversiones y el juego eran considerados por muchos la meta de la vida y la expresión suprema de la vida feliz, ejemplificada en la vida de los ricos y poderosos a quienes todos envidian; Aristóteles, crítico frente a este punto de vista, ve en estos entretenimientos un descanso que nos permite volver a la acción: al cultivo de la amistad y al ejercicio del pensamiento y la inteligencia. Estos son los “trabajos” propios del hombre libre que, gracias a los esclavos, no tiene que preocuparse de las tareas necesarias para la subsistencia.

El teatro y, en general, las narraciones de historias fue un entretenimiento extraordinariamente valorado por Aristóteles gracias a su contribución para formar ciudadanos capaces de participar en la vida democrática. Los espectáculos y la historias, cuando tienen valor ponen ante nosotros la complejidad de las situaciones en las que hay que decidir, nos permiten ver distintos puntos de vista y nos ayudan a ponernos en el lugar de los otros, enriquecen nuestra experiencia a través de la ficción y maduran nuestra conciencia y nuestro conocimiento del ser humano. Otros espectáculos, por el contrario, pueden llevar a engañarnos con mentiras que nos apartan de la realidad.

El ocio en Grecia era un patrimonio de los hombres libres que vivían del trabajo esclavo. A lo largo de la historia la vida ociosa se ha asociado a la aristocracia, que disfrutaba de una vida fastuosa y llena de lujos, aunque en realidad la fiesta y el juego formaban parte de la vida de todas las clases como un elemento que ayuda a soportar la existencia y a hacerla más rica. El capitalismo trajo una nueva ética del trabajo y la ganancia que condenaba la vida ociosa. La edad industrial sometió al obrero al ritmo imparables de las máquinas que no conocen el cansancio. El derecho al tiempo libre y

a tener una vida propia se convierte en una de las principales reivindicaciones obreras. La reivindicación del derecho a un tiempo de recreación se mantiene hoy entre las mujeres de la India con el apoyo teórico del economista Amartya Sen y la filósofa Martha Nussbaum.

En el capitalismo avanzado el ocio de las masas se vincula al consumo; aparece una industria del tiempo libre que no cesa en su expansión: abarca el turismo, la restauración, el cine, la música, los videojuegos y una infinidad de servicios dirigidos a proporcionar nuevas experiencias y satisfacción al cuerpo y la mente. El ocio y el entretenimiento pueden llegar a ocupar un lugar central en una sociedad en la que las máquinas ya son capaces de realizar prácticamente cualquier trabajo: quizás en el futuro tengamos que definir el valor de la existencia con independencia del ejercicio profesional o de la productividad económica si no queremos identificar lo “improductivo” (desde el punto de vista económico) con lo irrelevante o lo superfluo. La creciente vinculación del ocio con la tecnología plantea una multitud de cuestiones. Las redes sociales, los contenidos de internet adaptados a nuestros intereses y nuestro historial de navegación nos permiten tener un entretenimiento ilimitado que elimina para siempre el aburrimiento, la angustia del tiempo vacío. El mayor negocio de nuestro tiempo consiste en captar nuestra atención manteniéndonos conectados a la red el mayor tiempo posible; con ello se consiguen datos que refinan los algoritmos que predicen nuestra conducta y permiten manipularla. Los dueños de las grandes plataformas utilizan los conocimientos de la neurociencia y la psicología para crear en nosotros esa necesidad, casi fisiológica, de estar constantemente en línea.

El estado de conexión permanente está modificando nuestra relación con los otros y nuestra vida íntima y personal. Cada vez nos cuesta más trabajo estar solos o desconectados; la sobreestimulación hace difícil mantener la concentración, la atención se dispersa y se reduce nuestra capacidad de escuchar y cuidar a los otros. La conexión a través de mensajes editados en los que emisor y receptor no comparten el mismo “aquí y ahora” sustituye a la conversación viva y al encuentro cara a cara.

El entretenimiento continuo y dirigido por algoritmos ocultos es un obstáculo para la contemplación en la que buscamos conectarnos con la naturaleza y con nuestro mundo propio a través de la introspección. Hace que nos separemos del mundo real, misterioso e incontrolable, para refugiarnos en el virtual, reducido a información disponible. Las imágenes sustituyen a las cosas. El ejercicio de la contemplación, que para los griegos era la forma más pura de ocio y el placer más intenso, es la búsqueda de lo real más allá de las fantasías dominadoras que hoy toman el nombre de “antropoceno”: la utopía de un ser humano dueño absoluto y dominador del planeta desde la omniscencia y la omnipotencia. Contemplación significa aceptar el misterio de lo infinitamente complejo que escapa a nuestra voluntad de control, comprender el delito contra el mundo y contra nosotros mismos que cometemos al reducir la naturaleza y los seres humanos a recursos disponibles y a datos de información. Esa contemplación solo es posible en el ocio de personas libres y es el refugio que nos permite encontrarnos con el misterio que somos nosotros mismos y los demás.

REFLEXIONA Y DEBATE

En clase, debatiendo todos juntos, o en grupos, elaborar un esquema de ideas intentando responder cuestiones como las siguientes:

- ¿Cómo definirías el ocio?
- ¿Son lo mismo ocio y libertad?
- ¿Se debe poner límites -morales, estéticos, legales...- al ocio?
- ¿Dirías que el placer es la meta de nuestra vida?
- ¿Dirías que pasarlo bien es la meta de la vida?
- Nuestro tiempo de ocio ¿puede tener más o menos calidad? ¿dependiendo de qué?
- ¿Crees que las tecnologías imponen la forma en que vivimos nuestro tiempo libre?
- ¿Puede reducir nuestra libertad la necesidad que sentimos de estar permanentemente conectados? ¿Cómo se puede evitar este riesgo?